

El Obrero

Número suelto, 10 céntos.

Toda la correspondencia de Redacción dirijase al Director, y la de Administración a José Gomila.—No se devuelven originales publicados y no publicados.

REDACCION Y ADMINISTRACION: BALLESTER, 82

AÑO XXIII

NUM. 1.059

Palma de Mallorca 16 de Junio 1922

PRECIOS DE SUSCRIPCION: En Palma, 0'40 ptas. al mes.—Fuera de la capital, 1'25 ptas. trimestre.—Extranjero, 5'00 ptas. año.—Paquete de 30 números, 1'80 ptas.

APARECE LOS VIERNES

Organo de la Agrupación Socialista.—Defensor de la clase obrera

Baleares

Salarios, jornadas y subsistencias

La clase patronal, limitándose a ver en el trabajo una simple mercadería—en oposición a lo proclamado en la Conferencia de Washington—, procura en todos los países disminuir los salarios y aumentar las horas de ocupación.

Alega en pro de su conducta que un crecido número de industrias atraviesan una honda crisis y que las subsistencias se han abaratarado.

Lo primero es verdad, pues actualmente hay en el mundo 10 millones de obreros desocupados; pero lo segundo lo es solamente en parte. Hay países donde las subsistencias se han abaratarado, aunque no mucho, y hay otros en que persisten los precios del tiempo de la guerra o son aún más elevados.

En España, en los escasos puntos donde los medios de vida se han abaratarado, la baratura ha sido insignificante. Ni han disminuído los alquileres de las casas, ni el coste de la ropa, ni apenas el precio de los artículos alimenticios. No hace mucho costaba en Madrid el kilo de patatas 70 céntimos (mucho más que en la temporada de la guerra); hoy cuesta el kilo 50 y 55 céntimos. ¡A 15 céntimos se pagaba el año 1914! Y como las patatas están las demás hortalizas, y las frutas, y todos los artículos que antes tenían precios bajos. ¿Qué disminución ha experimentado el pan desde que ha cesado la guerra? En la mayor parte de las poblaciones ninguna, y en las que ha sufrido baja, ésta ha sido muy pequeña.

Serriamente no puede decirse que en España se han abaratarado las subsistencias.

Por otra parte, y en lo que se refiere a nuestro país, puede asegurarse que hoy es imposible, o poco menos, abaratar el coste de la vida. Ahí están, acabados de aprobar, los derechos arancelarios. Por su carácter prohibitivo, por constituir una barrera para que no entren en España artículos sumamente necesarios, llámaselos «aranceles del hambre». Pensar que los Gobiernos y los Ayuntamientos se metan con los intermediarios por lo que estos encarecen los productos, equivale a vivir fuera de la realidad. Lo hecho con esas sanguijuelas durante el período de la guerra confirma lo que acabamos de decir.

Cuanto a la grave crisis de las industrias, exacta, según ya hemos indicado, para resolverse mediante la baja de los salarios o el aumento de horas en la jornada? Equivocados están los que tal piensen. Si precisamente la enorme crisis que se padece débese a que la inmensa mayoría de los que intelectual o ma-

nualmente trabajan no disponen de medios bastantes para satisfacer sus principales necesidades, y, por consiguiente, hacen un consumo escaso, ¿cómo va a remediarse aquélla, es decir, cómo van a consumir más si se les aumentan las horas de trabajo o se les rebajan los salarios?

Además, si con el aumento de la jornada se busca una mayor cantidad de trabajo se procede con desacierto, porque cuando la fuerza del obrero se gasta más de lo que ella permite, se debilita, y debilitada, en cada hora de labor de las jornadas largas produce menos que en cada hora de las jornadas cortas. El mismo efecto causa la rebaja de salarios. El obrero a quien se le disminuye la retribución tiene que disminuir su alimento, y disminuido éste, su vida decae y el trabajo que realiza no es tan intenso como cuando se alimentaba mejor. Los patronos inteligentes saben ambas cosas, y porque las saben no suelen recurrir ni a la merma de los salarios ni al aumento de las jornadas.

Lo que se alega, pues, por los industriales para retribuir menos y hacer trabajar más a los obreros, carece, en general, de fundamento. Lo que ocurre es que la crisis de trabajo, el hecho de que haya muchos brazos desocupados les incita a proceder así para que sus beneficios se mantengan en tipos elevados o bajen muy poco. Y hacen esto con más empeño que otras veces porque sienten la añoranza de las grandes ganancias del tiempo de la guerra. ¡Ah! ¡Por qué no habían percibido siempre los consejeros de Administración «trece mil duros o más» al año, «veintiséis mil» los presidentes y «el treinta por ciento» los accionistas, como han percibido los de alguna Empresa de báina.

Para juzgar de la sinceridad de muchos de los patronos que tratan de imponer a los obreros el aumento de la jornada o la rebaja de los salarios, basta tener en cuenta que lograron del Poder elevados aranceles, para poder vender caro, alegando las condiciones en que trabajaban sus operarios; y ahora, conseguido aquélo, tratan de empeorar dichas condiciones.

Los salarios que hoy disfrutaban los obreros no se elevaron por capricho de éstos, sino por consecuencia de la carestía de las subsistencias, y su elevación fué siempre menor a la experimentada por todos los medios de vida. Así se explica que, a pesar de cobrar hoy mejores jornales que cobraban en 1914 y 1915, se alimenten peor que entonces y sus sufrimientos hayan acrecido. Los que niegan esto niegan la evidencia.

No hace muchos días confirmaba lo que dejamos señalando el inspector general de S. M. en un artículo publicado en *El Imparcial*, decía, entre otras cosas, de innegable interés, el doctor Martín Salazar, lo que sigue:

«La mortalidad en España a partir de

las repercusiones de la guerra ha comenzado a aumentar y la cifra de natalidad a disminuir, de tal suerte, que, mientras el año 12 tuvimos una mortalidad general de 21'07 por 1.000 habitantes, en el año 1920 hemos alcanzado la de 23'10, volviendo a retroceder a las cifras de muchos años atrás, e interrumpiendo el movimiento descendente, consolador, que se había iniciado desde el principio de este siglo en favor de la salud pública. En mi juicio, la causa de este aumento de mortalidad consiste en la «carestía de la vida» y en la creación de un estado de cosas que ha venido a neutralizar y a matar de pronto todo el «progreso» social realizado en estos últimos años en favor de las clases pobres y trabajadoras; porque de nada sirve que se «hayan mejorado los salarios y el

régimen del trabajo en general», con vistas a favorecer la alimentación y el mejoramiento de las condiciones higiénicas en que viven las clases necesitadas, «si un alza injustificada en el valor de los alimentos, de la casa, de los vestidos, etc., hace tan insuficiente como antes, o más que antes», los medios económicos con que cuentan las clases humildes para atender a sus necesidades más imperiosas.»

Digan lo que quieran los voceros de la burguesía, el aumento de la jornada de trabajo y de la disminución de los salarios empeoran, sin mejorar las condiciones de la producción, el estado de la clase proletaria. Por eso harán muy bien los obreros en oponerse a ellas todo cuanto puedan.

Pablo Iglesias

DESDE EL ESCAÑO

IMPRESIONES PARLAMENTARIAS

El señor Sánchez Guerra no se ha dado cuenta de que en la muy larga cadena de la decadencia española, el discurso regio de Barcelona es un eslabón más, sin relieves singulares. Y por no advertir, a pesar de toda su inudable gravedad, la insignificancia del hecho y suponer que fué testigo preferente de un acontecimiento histórico, se creyó en el caso de relatárnoslo minuciosamente. Había terminado el almuerzo, habían abandonado los comensales el salón del comedor y estaban en una plazoleta, delante del restaurante, en aquel bello lugar de Las Planas, con el ambiente densamente saturado por los pinos. El capitán general se le acercó y pidió su venia para saludar al rey en nombre de los militares. Díosela el señor Sánchez Guerra, levantó Primo de Rivera la copa, en la cual burbujaba el champán, y pronunció sus palabras de saludo. Con un gesto, simplemente con un gesto, pero muy expresivo, preguntó el monarca a su ministro si debía contestar. Respondió con otro gesto, afirmativamente, el jefe del Gobierno, y la elocuencia regia se desbordó. El señor Sánchez Guerra, en este relato emocionante, quiso rectificar un detalle trascendental: a él no le temblaban en la mano el sombrero y el bastón, como aviesamente se ha dicho; un criado se los recogió al entrar, y no los llevaba consigo en aquel instante. Después de depurar así la verdad histórica, continuó el señor Sánchez Guerra su narración. Le pareció tan bien cuanto el monarca dijo, que él exclamó, al cesar de oírse la voz dulcísima y atiplada de don Alfonso: «Lo refrendo todo.» Y para dar más fuerza a la frase hizo como

que trazaba su rúbrica sobre la mesa que tenía delante. La mesa (otro detalle digno de ser advertido) era de mimbre. Así como una señorita bilbaína guardó amorosamente varios años, en estuche «ad hoc», una colilla arrojada por el soberano en el Club Marítimo del Abra, cualquier devoto de la dinastía podrá adquirir esta mesa de mimbre en la cual el señor Sánchez Guerra simuló refrendar con su rúbrica el discurso regio. Por lo menos—es de suponer—, la mesa estará limpia de saliva.

El discurso del rey—ahora somos nosotros quienes hablamos—hubiese sido bizarro, valiente, gallardo, hace dos años, cuando la terrible injusticia de la expulsión de los alumnos de la Escuela Superior de Guerra. Ahora puede resultar incluso cómodo y libre de riesgos arremeter contra las Juntas de defensa, cuando el quebranto de sus propios desaciertos las mina. ¡Entonces, entonces; no ahora! Entonces se las adulaba, se las fomentaba, se las utilizaba y se dejaba abandonados a su infortunio a aquellos veintitrés muchachos de la Escuela Superior, los primeros en dar valiente y temerariamente la cara.

De todos los españoles, absolutamente de todos, quien menos autoridad tiene para censurar a las Juntas es el orador de Las Planas.

«Eran lágrimas de arrepentimiento las de los militares que lloraban oyendo ese discurso de sobremesa? Habría que ver, para realizar tales llantos, el grado de participación de los llorones en esta sedición de cinco años.

Por de pronto, entre el auditorio figu-

ra Martínez Anido, encargado de notificar la expulsión al gobernador Montañés y al jefe de policía Divil, decretada por los militares, y Melón del Bosche capitán general de Cataluña entonces y director de aquel movimiento.

Quien, rindiendo homenaje a las Juntas, hizo alitar en ellas la oficialidad de su escuela; quien ha pactado con las Juntas crisis totales y parciales; quien jamás tuvo un gesto de mediana gallardía frente a las tropelías del sindicalismo armado, carcece, moralmente, de de-

recho para poner el caso del al gsto como dicea que dijo al llegar ayer a Madrid. Eso estaba bien cuando el gsto tenía las uñas afiladas y podía arañar.

El contraste entre la alabación al fuerte y la preteza en hacer leña del árbol caído tiene más fuerza, muchísimo más, que todas las disquisiciones a cuenta del anti-constitucionalismo (el discurs).

Esto podrá evidenciar defectos de un rey. Aquello pinta al hombre, retrata al Borbón.

Indalecio Prieto

Unión General de Trabajadores de España

Trámite que debe seguirse para el ingreso en dicho organismo

Sabiendo que a consecuencia del buen efecto que hizo la campaña de propaganda de Manuel Cordero realizada en esta isla en nombre de la Unión General hay algunas Sociedades que desean pedir el ingreso en la misma y desconocen los trámites a seguir, hemos creído conveniente publicar en estas columnas las instrucciones necesarias para ello, para que con facilidad cada Sociedad interesada pueda solicitar el ingreso.

Según el artículo 3.º de los Estatutos pueden pertenecer a la Unión General de Trabajadores todas las organizaciones obreras de uno y otro sexo (Sociedades de oficio o profesiones liberales, compuestas al menos de diez individuos, y Federaciones locales, provinciales, regionales o nacionales) que acepten y prometan cumplir dichos Estatutos y los acuerdos de los Congresos.

Art. 4.º Para el ingreso en la Unión de cualquiera de las organizaciones mencionadas bastará remitir al Comité Nacional una declaración fir-

mada por el Secretario y Presidente, o quien haga sus veces, y autorizada con el sello social, donde conste el número de asociados que tengan, si se trata de una Sociedad, o las Secciones con el número de asociados que tengan, si se trata de una Federación. En todos los casos la declaración debe ir acompañada de un ejemplar de los Estatutos o Reglamentos, tanto de las Secciones como de las Federaciones.

En el artículo 8.º se determina que «todos los afiliados deberán proveerse de una tarjeta ac editativa de su cualidad de confederado y todas las Secciones que soliciten el ingreso deberán pedir y abonar tantas tarjetas como confederados tengan, sin cuyo requisito no se las considerará admitidas.

Las organizaciones que forman parte de la Unión General, sin excepción alguna, satisfarán al Comité Nacional, para los gastos de administración y propaganda, 40 céntimos anuales por cada federado, sea cualquiera su edad, sexo o categoría y sin distinción de parados, enfermos, etc. Estas cuotas las podrán abonar las Secciones por trimestres adelantados de diez céntimos y será potestativo de ellas, cobrarseles a los confederados o abonarlas de sus Cajas.»

Con lo transcrito tienen las Sociedades que desean ingresar en la Unión General lo más esencial e indispensable para orientarse.

La evolución sindicalista

Apartando de nuestro comentario de hoy cuanto se relaciona con esa monstruosa fusión del Sindicato único con el libre, en Barcelona, queremos consagrar la debida atención a las declaraciones que Salvador Seguí ha hecho desde que goza de libertad y deducir de ellas la evolución del movimiento sindicalista, si es que las ideas de Seguí tienen detrás una masa de opinión que se oriente en ese sentido.

Al llegar a Madrid, hace días, Salvador Seguí hizo su primera visita a la Redacción de «Vida Nueva», y por la noche publicaba este diario unas declaraciones. De las que copiamos los párrafos siguientes:

«Por eso nosotros, lamentando, como es de suponer, las tragedias individuales, hemos de consignar que el período de despotismo que acaba de terminar nos ha proporcionado el triunfo mayor de nuestra actuación, pues además de mostrar al enemigo la impotencia de la máquina represiva, nos ha alicionado

para saber los caminos que no hemos de seguir.»

El período de despotismo, según Seguí, les ha servido para «saber los caminos que NO deben seguir», y por haber dicho eso mismo, por haber rechazado la política de los atentados, la Unión General de Trabajadores ha sido acusada de conservadurismo.

«Triste victoria la obtenida por el sindicalismo barcelonés viendo caer a sus mejores hombres en las cárceles y en las calles, y teniendo que pactar con los del Libro!»

«Lo que debemos hacer ahora—continúa Seguí en «Vida Nueva»—, y en eso estamos conformes todos los militantes, es llevar a cabo una obra constructiva que haya de atraernos necesariamente la simpatía y la adhesión de elementos que nos son precisos para el triunfo, y como esta es nuestra voluntad, y como a conseguir tal propósito vamos a dedicar todas nuestras energías, llegaremos a constituir la única garantía de vida

para el país, y así habremos de ser precisamente los que influyamos de una manera decisiva en la vida pública.»

Pues para influir «de una manera decisiva en la vida pública», compañero Seguí, hay que actuar en los problemas políticos y económicos, y para actuar en estos problemas hay que abandonar la acción directa, que fué vuestra única bandera.

Bien está que lo hagáis así; pero no os extrañe que los obreros se llamen a engaño y os pidan cuentas por los años perdidos en luchas estériles.

Seguí, temperamento político, hace al final de su conversación las siguientes afirmaciones:

«Estamos en la agonía de período de reacción de los partidos retrógrados, que se inició como consecuencia del ambiente creado por la guerra, y vamos a entrar en una era en la que tendrán expansión adecuada todas las libertades políticas en su grado máximo.

Hasta hoy nos hemos preocupado más en hacer la crítica de la labor de los adversarios que en realizar nuestra propia obra. Eso lo vamos a rectificar radicalmente.»

Es el canto a la esperanza liberal. Seguí cree que en el presente régimen, en cuanto vengan los liberales, «tendrá expansión adecuada todas las libertades políticas», es decir, las reclamaciones del programa mínimo del Partido Socialista, con el cual no quiere Seguí ni el contacto que mantiene con quienes son monárquicos o republicanos, sin arraigo en el país ni prestigio en las masas.

En el diario «Formaciones», días después, hizo Salvador Seguí declaraciones, y en ellas insistió en reconocer que «la política del terror es equivocada y contraproducente», y al hablar de la prosperidad industrial de Cataluña, agregó:

«La situación ha variado tanto, que hoy las industrias textil y metalúrgica, sobre todo ésta, se han desarrollado de tal manera, que nuestras manufacturas pueden presentarse y se presentan en todos los mercados de consumo del mundo. Para sostener ese florecimiento industrial, beneficioso a todos, ES NECESARIO que los Gobiernos se preocupen y sepan defenderse de la enorme competencia económica que se ha iniciado y se desarrolla en todos los países. De lo contrario, otros pueblos invadirán nuestros mercados, y ello nos volverá a la vieja situación de inferioridad, y producirá en España una honda crisis de trabajo.»

En Alemania, por ejemplo, la situación del marco permite a la industria metalúrgica invadir el mundo de maquinaria en condiciones que, siendo buenas para aquel productor, será la ruina en nuestro país. Es un tema que yo me permitiría ofrecer a la consideración del

señor Bergamín. Así como en el Arancel antiguo se consignaba el derecho de 65 pesetas a los cien kilos, de hierro elaborado ahora, por una incomprensión de las costas, queda rebajado a 24 pesetas. Esto podrá favorecer a importadores de maquinaria; pero esto, es evidente, ataca a fondo a la economía y al trabajo nacional, y a la larga puede convertirse en conflictos y desórdenes públicos.»

Aquí está claro que Salvador Seguí es proteccionista, y que si no hace visitas al ministro de Hacienda, por lo menos desde la prensa expresa una opinión que el señor Cambó haría suya con viva satisfacción.

¿Aprueba la Confederación las orientaciones arancelarias de Seguí? El sindicalismo, ¿es partidario de intervenir en la Junta de Aranceles y Valoraciones? ¿Con qué criterio? Porque el de la Unión General, favorable a la intervención en ese y en todos los demás organismos oficiales, es bien conocido, y por haberse conducido así los hombres de la Unión General han sido acusados de traición, a pesar de que jamás llegaron a defender a la industria española como Seguí defiende a la catalana.

La interviú continúa, y el periodista interrogaba al líder sindicalista:

«—¿Y de política?»

«—Tengo una gran fe en el resurgimiento liberal de España. Si nuestro país no procediera por espontáneo impulso, habría de hacerlo por reflejo. El espíritu liberal lleva camino de dominar el mundo.

—Y ustedes, girán al fin a la actuación política?»

«—Eso sería desnaturalizar la esencia de la organización obrera. No obstante, tendrán nuestra simpatía todos aquellos núcleos que, tanto por sus ideas como por su conducta, sean una garantía de moralidad y una afirmación liberal.»

—¿Y Marruecos?»

«—Yo no creo sino en la obra puramente civil y colonizadora.»

Salvo la coquetería de negarse a la actuación política, ¿no veis el programa de la concentración liberal en esas declaraciones?»

Para los sindicalistas, ¿no es una «garantía de moralidad y una afirmación liberal» la existencia del Partido Socialista? Pues las simpatías de Seguí para los partidos liberales claramente están consignadas en esa interviú, como lo está su criterio acerca de Marruecos, coincidente con el de la concentración, no con el nuestro, de abandono total y absoluto de aquella zona.

No censuramos a Seguí, ni siquiera polemizamos con él. Recogemos con imparcialidad sus declaraciones y las divulgamos, para que las conozcan los trabajadores, que son quienes han de juzgarlas.

(De El Socialista)

La cuadrilla "del Ché," y la huelga metalúrgica

V

El conflicto metalúrgico no tan sólo fué mal planteado, mal dirigido y objeto de traición por la cuadrilla del «Ché», sino que, además, por satisfacer odios y mezquinas venganzas políticas y personales contra un candidato socialista y por degeneración moral de

unos tipos desvergonzados se le puso el liri de la deshonra en las últimas elecciones municipales. Oficialmente La Metalúrgica no se metió en nada, pero los de la cuadrilla, particularmente, valiéndose de la influencia que ejercían sobre la mayoría de los huelguistas chapotearon lo más indecorosamente en la inmundicia, hucado aparecer el nombre de los metalúrgicos, a los ojos del público, revuelto en el fango de una asquerosa servidumbre electoral a favor de los mauro-weyleristas; que representaban el sector más cacliquil y reaccionario en aquellas elecciones.

Verdad es que individualmente los metalúrgicos eran libres para hacer lo que les diera la gana, pero es bien notorio que los que se colocaron en aquella actitud obedecían a una consigna y a un plan urdido por los de la cuadrilla del «Ché» en completo acuerdo con los mauro-weyletistas. Hechos que lo demuestran: Los pasquines que algunos de la cuadrilla (podría citar los nombres) repartieron y pagaron por las esquinas en vísperas de las elecciones, llenos de vilezas contra el candidato socialista Bisbal y recomendando que no se le votara a él ni a Barrera, lo que equivalía a decir que votaran al candidato de la coalición mauro-weyletista; la emisión de sufragios de la gran mayoría de los metalúrgicos, en rueda incluso, a favor de dicha coalición; su asistencia a las comilonas electorales mauristas, antes y después de las elecciones; a cuenta de las cuales pudo observarse que significadísimos individuos de la cuadrilla comían opíparamente en uno de los más aristocráticos Hoteles; la visita de una numerosa comisión de metalúrgicos, el día siguiente al de las elecciones, al domicilio particular del Alcalde, maurista, y otros hechos significativos de lo mismo. Hay quien asegura que este servicio electoral metalúrgico era a cuenta de pesetas a favor de la huelga y otros afirman que unos pocos se las embolsaron, sin que yo haya podido comprobar su veracidad a pesar de haberlo indagado. Lo único que he podido averiguar es que antes de acudir a los mauristas una comisión fué al Casino reformista a ofrecer 30 votos metalúrgico del tercer distrito, a cambio de darles una cantidad para dar de comer a sus familias, habiendo sido rechazada la oferta, como también se que se hizo igual ofrecimiento, sin exigencia de dinero, por uno muy distinguido de la cuadrilla, a D. Fernando Pou, para el quinto distrito.

Todo esto repercutía moralmente en el movimiento, desacreditándole, pues daba la sensación de que entre mauristas y metalúrgicos había una alianza electoral, causando muy mal efecto en la opinión y asco en la clase obrera más consciente, que veía caer el nombre de los metalúrgicos, por culpa de sus directores, en el oprobio de la deshonra. Y el movimiento metalúrgico murió así, deshonrado, no por culpa de los huelguistas que lucharon como unos valientes héroes, que hicieron sacrificios enormes, hue pasaron por las mil privaciones animados del deseo de triunfar y que nunca regatearon su apoyo y confianza al Comité de huelga, creyéndolo capacitado y digno, habiendo éste demostrado, no obstante, que carecía de las más elementales condiciones no ya para evitar la derrota, que desde un principio estaba prevista por el mal planteamiento e inoportunidad del conflicto, si no ni siquiera para mantener el honor de la lucha y el prestigio de la colectividad. Este es, a grandes rasgos, el triste historial del movimiento de los metalúrgicos bajo la aún más triste dirección de la cuadrilla del «Ché», que por ser de la marca comunista-revolucionaria, todo pureza, todo idealidad, bien merece que la clase trabajadora, y sobre

to los metalúrgicos, que han sido sus víctimas, le erijan un monumento que perpetue su memoria para ejemplo de las generaciones presentes y futuras.

Un metalúrgico

NOTA: En el pasado número prometí que haría en el presente un resumen de todo lo dicho en mis anteriores artículos, habiendo suspendido mi propósito al enterarme de que el «Ché», desde Valencia, vomitaba bilis sobre «Cultura Obrera», la cual bien iré recojiendo y analizando en mi laboratorio químico-biológico para luego, cuando la haya espelido toda, hacer mi dictamen, pues me temo que el compañero «Ché» sufra ataques de rabia canina y por bien de la salud pública conviene ponerlo en observación. Esperamos, pues, el desarrollo de la baba biliosa del «Ché», para ver si..... «el perro está rabioso o no lo está.»

El mismo

CANCIONES ROJAS
SI HACES UN HIJO...

¡Oh, mujer! Si haces un hijo no le arrulles con ñoñadas religiosas. Un día y otro, entre abrazos y besos, cuéntale bien todas tus penas. Hazle comprender que su padre, como un condenado, se requema la piel junto al horno por unos hombres-arnes que nada producen y nos hunden en la miseria.

¡Oh, mujer! Si haces un hijo no le cunes en mentidas esperanzas. No le digas, no, gimiendo, que espere en la Providencia. Eñúcale. Que sea un hombre franco de yugo y franco de corazón. Repítele que el trabajador no es una bestia de carga.

¡Oh, mujer! Si haces un hijo no le hables de cartucheras y fusiles. Según crezca, infúndele el horror hacia los héroes del cuartel. Que deteste la guerra. Que aborrezca la servidumbre militar, igual que la del taller, igual que la del templo.

¡Oh, mujer! Si haces un hijo no le mezas en imbecilidades. Hazle bailar cantándole los versos de «La Internacional». Que sea de los nuestros, sólido y animoso. Dile que los hijos de los indigentes valen tanto como los de los otros...

Tomás Meabe

¿Cuánto cuesta matar a un moro?

Hace algunos años publicó en la revista «Umschau» una nota muy curiosa V. B. W. U. M. Tomando alguna de las guerras pasadas, he calculado lo que se ha gastado en matar a un soldado enemigo. Gastos de «producción» son en esta cuenta los invertidos en armamento, municiones, provisiones de todas clases y sueldos que se pagan a los soldados. En la guerra de 1871, Francia gastó 2.500 millones de francos durante la campaña, 1.250 millones después de ella, para reparar daños. Pagó una indemnización de 5.000 millones, y perdió intereses y dejó de percibir impuestos

evaluados en 2.000 millones. En sumas redondas son 10.000 millones de francos.

Con este desembolso se consiguió matar a 28.000 alemanes, de lo que resulta que cada uno de ellos le costó a Francia la friolera de 357.000 francos.

En la guerra de 1877, los turcos gastaron por cada ruso que consiguieron matar 27.500 francos, y a los rusos, cada japonés muerto en la guerra de Manchuria, 24.000 francos.

En la guerra de Marruecos, estas sumas se elevarán, dado el derroche de municiones que hay, así como los sueldos tan elevados y gratificaciones que disfrutan algunos generales y oficiales.

Si estas cantidades se dedicasen a la enseñanza y a los hospitales, cuántos hombres y niños quedarían analfabetos y cuántos se habrían salvado de las enfermedades que les mataron?

¿Llegarán a pegarme?

Tengo la seguridad de que si en vez de ser hombre de contestura físicamente débil, enclenque y enfermizo, tuviera buenos puños y agallas para hundirlos en la cara de cualquier chulo o sinvergüenza ninguno de éstos se creería con derecho a coaccionarme en mi cargo de director de este periódico, pidiéndome explicaciones importunas e indecentes y dirigiéndome insultos soeces porque, por dignidad personal y del mismo cargo, me niego a dárseles.

Y el hecho ya se ha repetido dos veces en poco tiempo, por el motivo de hacerse en este semanario crítica social—salvando siempre la honorabilidad de las personas, lo que no saben hacer ellos—de algunos individuos. Creen estos que porque se les alude y censura en su actuación social, calificando con más o menos dureza sus actos aunque bajo pseudónimo, yo vengo obligado, como director, a decirles quien es el autor de las censuras, y si no se lo digno, allá va la palabra de «sois un sinvergüenza». Y no es que tenga importancia el descubrir a los que en nuestro semanario escriben, puesto que no rehuyen la responsabilidad de sus actos, pero no nos da la gana prestarnos a las exigencias de unos imbéciles inominados que, por otra parte, en los periódicos de su comunidad son maestros en el insulto y la grosería, volcando el carro de su basura mental sobre las personas decentes de nuestro campo con un vocabulario que hace caer de bruces a cualquier pescadera beoda.

A hombre alguno en Palma, tal vez, se le ha inflamado tanto como a mí y a nadie he ido a pedir explicaciones.

Es muy curioso ver a esos revolucionarios como se indignan contra mí y me llenan de improperios (porque saben de antemano que no he de darles un trompazo ni he de recurrir contra ellos a los tribunales) y verles, en cambio, manifestarse tan mansos y correctos ante las autoridades y patronos, contra los que no son capaces, ni de muy lejos, de proferir la más pequeña ofensa. Mas tengan en cuenta esos revolucionarios de leche condensada que si

creen con estas majezas amedrentarme se equivocan. Aunque llegaran a pegarme, no me doblegarían. Mi pluma ni mi dignidad no se tuercen ni ante imbéciles ni ante majos. Todavía ha de nacer el hombre que con una coacción haya de lograr nada de mí. Y no será un comunista el que tampoco lo logre.

Y sepan los comunistas otra cosa. Mientras yo sea director de EL OBRERO BALEAR, cuantos escritos en él se publiquen sin firma auténtica es porque yo los autorizo, los sanciono y si no soy su autor estoy identificado con su contenido, asumiendo, además, toda su responsabilidad delictiva. De modo que si lo que buscáis es un blanco de vuestras iras, ya le teneis; ese blanco soy yo. Divertíos tirándole y escupiéndole en la forma que queréis que yo os aseguro que ni le manchareis ni le hareis daño.

Y EL OBRERO BALEAR seguirá el camino que debe seguir, pese a comunistas y no comunistas.

Lorenzo Bisbal

DE BUÑOLA

Creemos muy necesario que nuestro Ayuntamiento se preocupe un poco más del problema de la vida porque ese problema ha seguido siempre de mal en peor; no se encuentra ni por desgracia un artículo alimenticio que esté al mismo precio del resto de la isla, aquí no hay tasa para nada con gran perjuicio para el consumidor y a la inversa para el expendedor.

No nos cansaremos de decirlo ya que es el tema de todas las conversaciones, aquí hacen falta personas que velen por los intereses del vecindario, especialmente en lo relativo a las subsistencias, que es el que nos afecta a todos en general.

También creemos de primera necesidad que la administración de este Ayuntamiento variara la forma de hacerlo, especialmente en lo referente a los consumos que vamos de desastre en desastre, principalmente este año.

El caso es que se dió al suplente secretario el encargo de la distribución juntamente con varios caciques, sin consultar para nada a la junta repartidora y firmándose tres de los principales, o sea los más acaudalados y luego llamando a los otros por separado para que firmaran. Cosa que hasta la fecha no han podido lograr, claro que ellos rebajaron la clase alta y aumentaron la media y trabajadora, sin reparar en cometer la injusticia de aumentar a los no afiliados a su partido.

Ya podeis ver, obreros de Buñola, lo que son vuestros representantes; es necesario dar la batalla al caciquismo y quitarles la máscara que los cubre asociándose a la sociedad obrera del pueblo y suscribiéndose al semanario obrero.

Buñola 11 de Junio de 1922.—El Presidente de la Sociedad Obrera de Buñola, Salvador Castell.—El Secretario, Eusebio Soler.

De Esporlas

Notas Municipales y otras yerbas

Lo que es en Esporlas, llevamos buen camino. Nada menos, que el Ayuntamiento ha delegado a un tende-

La Americana

Zapatería de Antonio Negro

Calzado de lujo a medida y confección. Esta casa garantiza su calzado. No dejarse engañar, no compren Vds. calzado sin antes visitar esta casa.

33 Jaime II, 94. Palma de Mallorca

Zapatería LA ARGENTINA

de FRANCISCO PUIGSERVER

Frente a la tienda EL BARATO

ESPECIALIDAD EN SANDALIAS

Jaime II, 62 Palma de Mallorca

AVISO

Los lealtimos desertadores alemanes, se venden en la

Relojería de NAVARRETE

al precio de DIEZ PESETAS uno.
Siete Esquinas, 24.—PALMA

re y a un dueño de café para que ven por la exactitud del peso y buenas condiciones de los artículos alimenticios.

En realidad, es una plaga que está sufriendo el pueblo con estos tenderos. Se adultera en el peso y en la calidad, faltan onzas en las libras de arroz, en la carne y en el pan. En la leche, es diferente, no falta nada, lo que le sobra es agua; y todo eso sin que el Ayuntamiento se entere y si se entera, pues..... «enterado». Porque yo recuerdo que en cierta ocasión nuestro compañero Seguí (el mismo que remueve este asunto en el Ayuntamiento), denunció que se defraudaba solo en un pan 150 gramos y citó nombre y señas del héroe, pero al Ayuntamiento le pareció poco 150 gramos supesto que cada kilo tiene 1.000. Y la cosa tiene su razón, pues es costumbre que los tratos no se deshagan mientras no se engañe de la mitad. El buen Cristo, que se dejó crucificar para redimir a la Humanidad, (cuyo sacrificio fué estéril porque la Humanidad sigue esclavizada), dijo a los que se disponían a matar a una mujer a pedradas: «El de vosotros que esté libre de pecado que empiece por tirar la primera piedra», y no se tiró ni una piedra.

El concejal liberal Sr. Llaneras propuso que se adquiriera un aparato para comprobar la pureza de la leche y ahora lo que importa es que se aplique la prueba y que los tenientes de alcalde cumplan bien, si bien es verdad que el Sr. Bosch hace cumplir con parajeros todos los asientos de su autocamión. Aquello más que cumplir es embullir con carne humana, pues los pasajeros están tan bien como sardinas en su tonel.

¿Estará permitido que el régimen de policía de carreteras lo atropelle todo un teniente de alcalde?

Vayamos a otro asunto.

Lo que pasa con los fabriles sí que es original. Trabajan 12 horas diarias sin que perciban el aumento que para las horas excesivas marca la ley y si alguien osa abandonar el trabajo antes de la hora disciplinariamente fijada por el patrono es maltratado por este y abandonado cobardemente de sus compañeros de trabajo. Allí no se respeta nada de leyes sociales, el señor es absoluto. Basta con que ponga mala cara el encargado para que todos los obreros abandonen sus pretensiones. Cobardía e inconsciencia es el signo de los obreros; altivez, orgullo y explotación abusiva, es la obra del patrono.

Hasta se ha llegado al caso de que los mismos obreros justificaran una rebaja del 10 por 100 que se les hizo.

Esto es vergonzoso, no tiene razón de ser. Si se os dice que la industria no da más, pedirle que os enseñe el balance o que cuando lo efectuen que os den intervención, y entonces veréis que hay respetables saldos en favor del industrial, que goza de una condición desahogada, aumenta su riqueza y extiende su industria, y vosotros que todo lo producía tenéis que trabajar una jornada inhumana por unas tristes pesetas. ¿A que el señor Verdaguer no admite el control en su industria?

Por algo vienen a Mallorca a establecerse los catalanes.

Si trabajando unas horas cobráis a la semana unas pesetas más, es peor para vosotros, pues trabajáis 8 horas, nada más, para producir lo de hoy tendríais que aumentar el personal y la maquinaria y esto representa una mayor ocupación de brazos y a nosotros lo que nos interesa es que falten brazos y sobre trabajo, pues así evitamos que los patronos cuando sobra gente y falta trabajo nos den el jornal que les dá la gana y nos traten desconsideradamente.

UNIÓN

IA LOS TOROS!

Es domingo, muy de mañana todavía y ya se ve un torbellino de gente, unos charlando y otros paseándose de arriba abajo, hasta que el tren suena la sirena. Ando poco a poco hasta llegar a la estación del Ferrocarril, y me encuentro todo el andén parecido a un hormiguero de gente. Y sin saber nada me dirijo a un amigo, diciéndole:

¡Vaya que gusto tienen esos ciudadanos con el veraneo!, creyendo que iban de recreo al Arsenal.

Y me responde: «hombre, si es fiesta nacional hoy!» «Hay corrida de toros por varios diestros de fama». Nada, sigo paseando y al momento suena la sirena del tren. Ya en marcha, oigo una voz que dice: «el que hoy no vá a ver ese espectáculo no se siente español», y esta otra: «¡A los toros!»

«Sí, a los toros!» Y a Murruccos, digo yo, para donde se llevan a los hijos del pueblo arrancándolos de la producción nacional y de los brazos de los pobres madres españolas. Allí sí que tenemos los españoles una buena fiesta nacional donde los moros se di-

vierten despanzurrándonos. ¿Por qué los que se sienten tan patriotas ante una corrida de toros no van voluntarios a poner una puya a los moros de Abd-el-Krim.

Juan Oliver

Luchmayor 12-6-22.

Una carta que avergüenza á Mallorca

Como mallorquines y como amantes del progreso nos sentimos avergonzados ante la carta que acaba de publicar D. Juan March en «El Día» dando cuenta de los motivos que le han inducido a enajenar o vender la grandiosa y monumental fábrica de superfosfatos de Porto-Pi a la Compañía Transmiterránea; fábrica que debió ser considerada como el principio del gran desarrollo industrial, comercial y marítimo de Mallorca y por tanto de un gran desenvolvimiento de su riqueza económica, base fundamental del progreso general de los pueblos. Sin embargo, el anacronismo señorial de este desechado país, la intriga política, los odios y envidias personales y la ignorancia e imbecilidad de nuestro pueblo, que todo lo saca a ciegas y consistente, no tan sólo se coligaron para impedir su funcionamiento, logrando tenerla injustamente paralizada por espacio de ocho meses, sino que han muerto los deseos, han castrado las energías y han apagado los entusiasmos al burgués más inteligente, al capitalista más moderno y emprendedor, económicamente hablando, que Mallorca tenía.

Don Juan March, mallorquin y multimillonario que ha hecho su riqueza en el extranjero, que ha importado su capital mediante negocios realizados fuera del país, al disponerse a invertir este capital montando grandes industrias en su propia tierra, construyendo puertos, multiplicando los transportes, dando empuje al comercio y a la agricultura, creando, en una palabra, trabajo y riqueza, a ese hombre mallorquin emprendedor, que aborre e la holgazanería a pesar de sus millones, que podría colocarlos en papel de Estado y vivir como un príncipe sin más quebraderos de cabeza que cortar el cupón, a ese hombre mallorquin de estas cualidades y propósitos Mallorca no le deja trabajar, no quiere que monte industrias, le pone obstáculos a sus iniciativas de bien general, le ahoga sus planes y le pone en el dilema de exponer holgazantemente o de llevar sus iniciativas y sus millones fuera de aquí para que otros pueblos menos estúpidos que el nuestro se aprovechen de sus ventajas.

D. Juan March con su fábrica de Porto-Pi y su puerto y sus grandes de-

pósitos de petróleo sería un gran patriota en Alemania y en los Estados Unidos, a pesar de que hubiese nacido en Santa Margarita. ¡Pero en Mallorca! En Mallorca los capitalistas que osan emprender esas grandes obras ofenden la estética y el buen gusto de sus habitantes, que prefieren la vida monótona y tranquila de Llorito a la moderna y agitada de las grandes urbes industriales.

¿No os avergonzáis, mallorquines, de esa carta que ha publicado el señor March? ¿No veis en ella retratadas con todos los perfiles vuestra imbecilidad, vuestro sentimiento lloritano y al mismo tiempo vuestro crimen de haber consentido el cierre por espacio de ocho meses de la fábrica de Porto-Pi, por el capricho de unos señorones delicados que en su vida contribuyeron con su esfuerzo ni con su dinero a crear nada útil para la Humanidad?

¡Vergüenza, mallorquines, vergüenza que un hijo de vuestra tierra, llámese como se llame, no pueda poner en actividad sus capitales montando grandes industrias, que si bien representan negocio para él también significan trabajo y progreso para todos!

La violencia

Todos, absolutamente todos los que glorifican la violencia admiten tan sólo la que ellos realizan, estigmatizando aquélla de la cual son víctimas.

¡No se fijan los que tal hacen que aplaudir la violencia propia es justificar de antemano la que emplean los adversarios!

Modernamente, no ya los socialistas y los verdaderos revolucionarios de todas las tendencias, sino también los demócratas y hasta los liberales más templados, son enemigos declarados de la pena de muerte. Y si esto es así, ¿con qué argumentos, y sobre todo, con qué derecho, en nombre de qué ideales, se puede defender los atentados y los actos violentos, sean de la clase que fueren?

Los que sinceramente consideran la violencia como un medio revolucionario, siguen el mismo proceso mental que los partidarios de la Inquisición y de las Juntas de Defensa: renuncian inconscientemente a todo lo que la ciencia y civilización han hecho por la humanidad desde que el mundo es mundo.

La violencia sólo puede justificarse, como «ultima ratio», cuando se trata de repeler otra violencia imposible de evitar con actos no violentos. Sólo entonces, como negación de otra negación se convierte en afirmación.

No olvidemos nunca que toda organización política o social, o va a cesar o se enfrenta contra el fin que se propone, o «debe» constituir una fiel representación del régimen que preconiza.

Y una organización como la Unión General de Trabajadores o como el Partido Socialista, que preconiza el fin de la guerra y el reinado de la fraternidad, no puede considerar la violencia como un instrumento de liberación.

A. Fabra Ribas

OBREROS: Suscribíos a «El Socialista», «Aires de Fuera» y «EL OBRERO BALEAR».